

Tecno-oligarcas y nuevas élites: la amenaza a la democracia

En los últimos tiempos, están apareciendo conceptos políticos nuevos e ideas que plantean otras visiones sobre el desarrollo económico. Tecno-feudalismo, tecno-oligarquía, capitalismo de vigilancia, constituyen tres mensajes esenciales que emergen en un contexto muy concreto: el dominio cada vez mayor de un sector determinado de las grandes empresas, aquellas que se dedican a los procesos de desarrollo tecnológico muy avanzado, derivado de la Industria 4.0 o Cuarta Revolución Industrial. Se trata de pocas firmas, con magnates claramente identificados y con enorme protagonismo público. La preocupación deriva tanto de la enorme riqueza concentrada en esas pocas manos, como de lo que significa el control de infraestructuras claves que comprometen a millones de personas. Esto afecta aspectos muy sensibles, como las pautas de consumo, los hábitos sociales, los pensamientos culturales y políticos y, también, las opciones electorales.

La diferencia con los capitalistas de la era industrial es notable: éstos disponían igualmente de grandes fortunas, pero su radio de acción en el ámbito del comportamiento humano era mucho más reducido que el que observamos en la actualidad.

El concepto que se aviene mejor con lo que está sucediendo en esta esfera económica de las grandes empresas tecnológicas es el de tecno-oligarcas. Una nueva oligarquía cuyo poder descansa sobre el control de los canales informativos: siete grandes consorcios (las "Siete Magníficas") constituyen el grueso de un neocapitalismo que ha centralizado partes considerables de los origina-

rios fenómenos de descentralización informativa mediante las redes. Así, pocas empresas pueden permutar algoritmos que afectan a cientos de millones de usuarios, transgredir la visibilidad de contenidos que no interesen, o redefinir las condiciones de acceso a la esfera pública digital.

Todo esto rebasa el ámbito de la tecnología más avanzada. Estamos hablando, pura y llanamente, de política. Y de política desarrollada en sociedades que tienen instituciones y trayectorias democráticas.

La democracia debe imponer una ciudadanía informada, con capacidad de discernimiento y de control sobre el

poder a través de las instituciones pertinentes. Con información veraz, sometida al escrutinio y al contraste, y sin que la fagocitación empresarial de esa información suponga descarrilar la realidad

El enorme poder económico, junto al alto grado de control informativo del pequeño grupo de los tecno-oligarcas superricos, está permitiendo que estos alcancen tal grado de autonomía y capacidad de influencia, que resultan incompatibles con la operatividad de una ciudadanía soberana y una verdadera democracia.

mediante bulos y mentiras. Si una parte de las capacidades de ese poder, digamos que ciudadano, se desplaza hacia organizaciones empresariales de carácter oligopólico, sin supervisiones democráticas y con el único objetivo de capturar más cuota de mercado, la democracia va a estar amenazada. La preocupación central es esta: que el poder económico digital alcance niveles de autonomía y capacidad de influencia que sean incompatibles con una ciudadanía soberana. En tal sentido, hay que tener en cuenta dos factores.

En primer lugar, el abismo que existe entre el alcance de las corporaciones tecnológicas y la capacidad regulatoria de los Estados. Este es uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo, por diferentes consideraciones: los tecno-oligarcas y sus empresas mueven capitales, datos y operaciones a través de diferentes contextos jurídicos, con enorme facilidad. Así, los mecanismos tradicionales de control democrático tienen serios obstáculos para garantizar la rendición de cuentas. En segundo término, la inteligencia artificial constituye un factor de desequilibrio, toda vez que los algoritmos participan en procesos relacionados, entre otros muchos, con el empleo, la seguridad, las finanzas y, desde la óptica política, la publicidad que se divulga y el acceso a la información. Las decisiones incorporadas en todo esto no son neutrales, ya que infieren esencialmente prioridades de aquellos que diseñan los sistemas algorítmicos. Dicho con otras palabras: si pocas compañías detentan el despliegue de tecnologías con ese gran impacto social, el debate sobre su gobernanza deja de ser una cuestión técnica y se traduce en una cuestión democrática. Y esta es esencial, básica.

La conexión de este dominio tecnológico e informativo con otras élites es evidente. La transmisión de informaciones sensibles a diversas plataformas con orientaciones claramente políticas e ideológicas, a partir de narrativas negacionistas y contrarias al mundo de la ciencia, proporcionan una clara preferencia a opciones políticas conservadoras y ultraconservadoras. Este es el punto de encuentro entre los productos que emanan desde las grandes empresas de los tecno-magnates, y las élites regionales y/o nacionales. Negar el cambio climático, difundir de forma recurrente mensajes xenófobos, alimentar el odio a los migrantes,

atacar el Estado del Bienestar con la pretensión de desmantelarlo, abogar por la reducción de impuestos a los más ricos, fomentar un nacionalismo económico, social y racial, son —entre otros— componentes inquietantes que forman los algoritmos programados para divulgar tales relatos. Éstos permean las formaciones políticas de ultraderecha y de la derecha conservadora, que tratan de drenar votantes hacia estas soflamas, con una narrativa simple, elemental, que huye del matiz. Construida desde las plataformas de los tecno-oligarcas.

Hay que tener en cuenta que la tecnología responde a un conjunto de decisiones humanas; de hecho, las construcciones digitales pueden diseñarse de formas distintas, y los incentivos económicos podrían igualmente modificarse. Esto no solo afecta a las democracias occidentales, sino a una perspectiva más amplia de los resortes democráticos. No debe olvidarse que la revolución tecnológica que estamos viviendo depende de insumos que se encuentran bien en países asiáticos —con China como principal agente— y en otros que se hallan tanto en ese hemisferio como en África y Latinoamérica. Las tierras raras son perentorias para los complejos industriales que alimentan la inteligencia artificial; y al revés: esta inteligencia artificial es clave para mantener determinadas bases industriales. La relación de esto con los países pobres es palmaria. Sin los minerales que componen la microelectrónica, los cohetes, las armas, las naves espaciales, productos que provienen de intensas explotaciones en suelos africanos, asiáticos y latinoamericanos, la capacidad insultante de los tecno-oligarcas se vería seriamente mermada.

Cuando hablamos de que la democracia puede estar asediada por esos magnates, nos referimos al mundo más desarrollado, el que ha implementado la democracia —con todos sus límites y problemas— tal y como la conocemos. Pero no debemos olvidar que existe un mundo muy grande, muy rico en recursos, con grandes desigualdades, cuyas primeras materias están permitiendo los desempeños económicos de tales democracias desarrolladas. Un concepto básico, el de democracia, que no está viviendo el grueso de esos proveedores de los quince minerales lantánidos que nutren pantallas, teléfonos móviles, ordenadores, *tablets*. Y engordan las plataformas de los tecno-oligarcas. **TEMAS**